

Historias de la Raya: Antonia la Lirina y Joaquim José Ramalho, alias “el Lagarto”.

EUSEBIO MEDINA GARCÍA
Universidad de Extremadura

ANTONIA LA LIRINA

Nombre de la persona entrevistada: *Antonia la Lirina.*

Entrevistador: *Eusebio Medina García.*

Fecha de realización de la entrevista: *septiembre/1997.*

Lugar: *Olivenza (Badajoz).*

RESUMEN

En esta entrevista se presenta el relato de una mujer que se dedicó al estraperlo y al contrabando durante gran parte de la posguerra. También incluye episodios de su vida posterior, cuando trabajaba en el campo recogiendo algodón. Aunque esta historia refleja, en gran parte, la de otras muchas mujeres estraperlistas y contrabandistas, es particular y única, irrepetible. La entrevista termina cuando nuestra protagonista, ya viuda, emigró a Barcelona a mediados de los años sesenta, donde terminó de criar a sus ocho hijos, varios de los cuales han pasado con éxito por la Universidad. Esta extraordinaria mujer, estandarte de la voluntad humana, vive actualmente en Olivenza. Es para nosotros un orgullo el haberla conocido y un placer presentarla ante ustedes.

Son muchos y variados los aspectos interesantes contenidos en la entrevista. El primero de ellos es la personalidad arrolladora de nuestra informante. La locuacidad, el carácter abierto y una gran corpulencia se aúnan en ella para crear un ser voluntarioso, trabajador y libre. Nos encontramos ante una mujer dotada de una fuerza constante y misteriosa que sobrevive a la adversidad y acaba imponiéndose sobre ella.

Además de la singularidad y del carisma de nuestra interlocutora, otros aspectos importantes a retener, son los siguientes:

La importancia simbólica y estructural del Guadiana internacional. El río como configurador esencial del mapa mental y territorial, el río como fuente de vida y como lecho de muerte, el río como espacio liminar por excelencia. También destacamos la ambigua actuación de los pescadores; unas veces ayudando a las mujeres contrabandistas a cruzar el río y otras entregándolas a los guardias de frontera. Merece además la pena detenerse en el complejo haz de relaciones que se tejía entre las propias mujeres; ese entramado compuesto por lazos familiares, afinidades, envidias y rencores, alianzas y traiciones... La entrevista contiene además información relevante sobre los circuitos de venta y distribución del contrabando, de los sistemas de información, sobre los medios de transporte y su evolución a lo largo del tiempo, etc. Como trasfondo, se proyecta el escenario gris de la posguerra en un pueblo singular de la frontera (Olivenza).



Antonia la Lirina. Olivenza. Sept. 1997. Eusebio Medina García.

CONTENIDO DE LA ENTREVISTA

Una vez estuve más de tres horas dentro del agua, de pie, y no me moví ni p'atrás ni p'alante. Yo y dos más que eran de Badajoz, las chavalas esas. Ellas tenían miedo, pero venían detrás de mí, sujetándose, y yo iba midiendo el terreno; entonces se echaron a llorar.

-¡Ay *mamaíta!* ¡Ay *mamaíta!*

-¡Pero estate quieta que aquí no te puede coger ni uno ni otro! ¡No ves que es como una raya, como si haces un camino y no te puede coger en ese camino porque no se puede pasar!

-Yo le tiro la carga si ustedes se van de ahí.

-¡No, la carga no! ¡Tiene que salir con la carga! (el guardia).

-Pues con la carga no salgo!

Y allí me quedé metida, mirando, esperando...; era verano, porque hacía buen tiempo. En invierno yo creo que no resistiría tanto tiempo en el agua.

-¡Pero coño! ¡Si lleva ahí metía tres horas! ¿Cómo vamos a hacer eso? ¡Vámonos! Vámonos ya (el otro guardia).

Y se fueron. Echaron a andar. Vi que ellos se iban caminando para abajo; se perdieron.

-¡Huy! Estos me van a pillar en cuanto que salga de aquí, ya verás.

Pero esa vez se fueron; daba la casualidad de que estuvieron de buena gana; los carabineros¹ fueron buenos, tuvieron compasión.

Yo aquello me lo sabía al dedillo y me vine a un cortijo donde ya me conocían. Me preguntaron por las otras.

-Las otras vienen detrás de mí, pero yo no puedo esperar por ellas.

Las otras se marcharon p'atrás, con los guardiñas²; mientras que yo me quedé allí, metida en el agua; estuvieron p'allí liás, no sé, toda la tarde; luego se vinieron con dos o tres kilos de cosas.

Unas mujeres íbamos a Portugal y otras no; pero la mayoría íbamos a Portugal. Pasábamos andando por el Guadiana, lo atravesábamos muchas

¹ Los carabineros eran los miembros del servicio de resguardo y vigilancia en la frontera, en la parte española. A principios de los cuarenta desaparecieron como cuerpo y se integraron en la guardia civil de fronteras.

² Los guardiñas eran los tradicionales servicios del resguardo portugueses, que acabaron siendo integrados, como servicio de fronteras, en la guardia republicana. Vulgarmente se les conocía como “picachorizos” por su costumbre de clavar un alfiler en las mercancías que pasaban por la aduana para ver si dentro iban géneros de contrabando.

veces, muchas; andando igual que los mochileros, con las mochilas, igual. Primero huíamos de los guardiñas, para que no nos cogieran teníamos que meternos al agua porque si no nos quitaban las cosas; luego, después que salíamos del agua, los carabineros estaban allí paraos. La que podía escapar se escapaba; pero a las que no tenían tanto pie, los carabineros las quitaban las cosas y se las llevaban. Íbamos en el tiempo que fuera, no había verano ni había invierno. Entonces no mirábamos que el agua estuviera fría porque venías cargá de café, que es lo que más traías porque era lo que más *dejaba*. De que veíamos que venían los carabineros detrás de nosotros, con las escopetas, salías corriendo de noche; a la una de la noche; y ¡a saltar el Guadiana que echabas chispas!



Paso del Guadiana fronterizo. María Sánchez Carrasco

Una vez se ahogaron dos muchachos; los oímos nosotras que estaban pidiendo.

- ¡Auxilio! ¡Auxilio!

¡Cualquiera les ayudaba! Nosotras lo que hicimos es salir echando chispas; entonces iba mi madre, una que se murió que la llamaban la *B.* y yo. Cuando iba yo, guiaba yo, porque las otras eran más torpes que un arao ¡Es que si no iba yo no iba ninguna! ¡Se ahogaban todas!

- ¡Que me llega el agua! ¡Que me llega el agua!

Les daba el agua por la cintura y ya les daba miedo. Tenía yo que ir con un palo atentando y viendo...

- ¡Coger un palo igual que yo y vais tentando, tentando y cuando veáis que el palo se va a hundir mucho pues volvéis para atrás y buscáis otro paso!

¡Pues nada! Tenía que salir yo p'arriba a buscarlas ¡Y al final hasta a las *calabritas*! A algunas había que pasarlas a la espalda. Yo las tiraba de la mochila así, p'afuera, a ver si así andaban.

- ¡Yo no ando! ¡Yo no paso!

- ¡Pero muchacha! ¿Cómo te vas a quedar aquí? ¡Que se está haciendo de noche!

Había veces que tenía que pasar cinco o ocho veces el agua, p'allá y p'acá, porque tenían miedo y se ponían a llorar.

Íbamos tres, cinco, cuatro..., depende. Una vez que pasábamos nos juntábamos todas para comprar y luego, a la salida, cada una salía por donde podía, no podíamos ir juntas. Había allí como tiendas de campaña, una especie de barracones de madera y de lona. A veces, hasta setenta personas había allí, entre mujeres y hombres; iban a comprar a las barracas. Había muchas casetas, unas desviadas de otras, todas cerca del río, a un kilómetro del río o así. Todavía hay una que, hace poco estuve yo allí, ¡fíjate, todavía venden! Esa está por el lado de Badajoz, por Campomaior. Los barracones los llevaban gente de dinero, no eran de pobres; a los pobres no les dejaban poner barracones, era a gente de dinero, portugueses que se dedicaban sobre todo a eso, a vender mercancía a los contrabandistas y a todo el que fuera. Había una caseta que la llamaban *del señorito* ¡Ese era un cabrón! Iba mucha gente de aquí y mucha gente de Badajoz. Y claro, como el hambre era tan grande; pan que no había, aceite que no había, trabajo que aquí no había. Estaban allí los portugueses y allí nos vendían. Tenían la trampa hecha. Muchas veces nos vendían y nos echaban a los guardiñas cerca del agua; nos mandaban a los guardiñas para que nos quitaran las cosas, para venderlas otra vez los *joios portugueses*. Y luego, a las que tenían miedo del agua, les quitaban todo y las pasaban a las pobres, ya sin nada, por el sitio más bajo. Había barracones a los que no ibas nada más que una vez; más veces no podías ir porque a la segunda vez, si no tenías nada con ellos, nos quitaban la *carga*, así que no podías ir más que una vez. De día había mucha vigilancia y no podían hacerle nada a las mujeres españolas; además, había también mujeres, patronas portuguesas, allí con ellos, y no podían hacerte nada; pero cuando era de noche, a las que se quedaban a dormir allí, con ellas se lo hacían; ¡buaf! Eso era un

cuadro ¡Aunque fuera vieja y fea! ¡Hasta con las viejas se liaban los tíos! ¡Ahí no se escapaba ninguna! ¡Eran unos guarros! Había mujeres que daba asco mirarlas la cara y el cuerpo; porque olían hasta mal ¿Cómo puede estar ese hombre con esta mujer? ¡Si es que da asco de verla! ¿Y cómo podían estar estos tíos con esas mujeres? Ellas, las pobres, no tenían ni para comer y hacían todo lo que podían para llevar para sus hijos y para ellas lo que fuera; pero ellos eran unos sinvergüenzas. Yo por eso no me quería nunca quedar. O salía de día de Portugal o no iba. Yo tenía que salir lo más tarde a las diez, que veía yo por donde iba ¿De noche yo fuera de mi casa? ¡Nanai! De día, de día que vea quién venga y con un palo en la mano; siempre iba con un palo en la mano. Yo a un guardiña le di con un palo en la cabeza y no sé cómo no lo maté.

-¿A mí usted me va a tocar?



Puesto fiscal derruido (La Barraquera). María Sánchez Carrasco

Y entonces claro, el tío se paró. Fue un día que me tuve que quedar allí.

Yo he temido más a los guardiñas que a los carabineros; porque los guardiñas no es que te quitaran las cosas, era la poca vergüenza que tenían todos; a esos es que no los podía yo ver. Abusaban de las mujeres que iban allí. Y claro, como la mitad de ellas estaban muertas de hambre y no tenían espíritu como el otro que dice, pues hacían todo lo que querían con ellas. Si hacías todo lo que querían ellos pasabas y a los carabineros ya no había que tenerlos miedo, pasabas todo lo que querías y no te hacían nada ¿Pero tú sabes lo que había en aquellos barracones que tenían para vender? ¡Buff! ¡Había

corrupción; pero grande! Aquello daba miedo. Las portuguesas allí no iban. Ellos no querían portuguesas, lo que querían era *españolitas* -como decían ellos- ¿Cómo los voy a poder ver? Ni ahora ni nunca los he podido ver.

¡Los guardia civiles eran más malos! Si te cogían con un puñao de bellotas te mataban a palos. Yo he visto darle una paliza un hermano a otro, uno con catorce años y otro con once ¡Que Dios le perdone! El padre del R. iba con otro guardia, yo estaba escondida en un cortijo y cuatro o cinco más que estábamos trabajando, estábamos cogiendo bellotas a jornal y vi dar la paliza. No les pegó él, les hizo darse una paliza a los dos hermanos. Yo no sé cómo no se mataron los dos hermanos, pobrecitos ¡Fíjate tú! Para quitarles un saquito de bellotas que tendría quince o veinte kilos, vamos a suponer que cogieran. A nosotras también nos tiraban tiros cuando íbamos de mochileras; lo que pasa es que tiraban lejos. Los tiraban para espantarnos. Fíjese si esa gente ha sido buena ¡Hemos pasao...!

Había gente que pagaba a los *mochileros*³ para que les pasaran café, a los *cargueros*. Los *cargueros* iban a pasar el café y luego se lo vendían a otros que tenían dinero. Unas veces iban por su cuenta y otras veces iban contratados por el jornal o lo que fuera. Lo que pasaba con los *mochileros* era que lo vendían más caro. Ellos te lo vendían al precio de aquí, y al precio de aquí ¿cómo lo ibas a vender tú? Si ellos me lo vendían a mí al precio que yo se lo tenía que vender a la tienda, pues no me ganaba nada. Íbamos siete, ocho, cuatro... por no ir una sola, porque ir una sola con los portugueses, con los *buenos* que son; pues ¡cualquiera iba sola! Entonces no tenía los años que tengo ahora; ahora tengo setenta años; entonces tenía veinte. Yo siempre, y casi todas las que íbamos, íbamos por nuestra cuenta. Nosotras lo traíamos y lo vendíamos aquí.

En aquellos tiempos nos juntábamos la R., ésta que era ya un poco mayor y otra muchacha que murió, la V. le decían...; en el cuarenta y siete o por ahí sería. Era yo soltera todavía. Esa fue la mejor época y también la más mala y para el contrabando la más buena; porque era cuando se ganaba dinero. Todo el mundo compraba; yo llegaba aquí y la *carga* la vendía al momento; ya la traía de allí vendida; llegaba aquí y otra vez, y así. Más adelante ya te costaba más vender porque era más gente también la que iba, porque a lo

³ Los mochileros eran contrabandistas que pasaban la frontera en busca de las cargas de contrabando; algunos de estos mochileros se ofrecían como *cargueros* a quienes les quisiera contratar por un sueldo o jornal para ir en busca de las cargas por cuenta del otro.

primero pues íbamos pocas pero luego ya empezó a ir más gente, más gente y claro, las cosas van bajando.

Había tres o cuatro clases de café, hasta café de mezcla molido, que era el más barato, *café portugués* le decíamos, café de Elvas, de Campomayor, depende de donde fuéramos. Luego había el Camello, el Barco, el Cazador, el Cubano...; eso todo en grano. Había bastantes marcas de café; ahora, el que más se vendía era el Camello y el Barco; esos eran los que traíamos siempre, era el mejor café. Nosotros le doblábamos el dinero. Si lo comprábamos a diez duros lo vendíamos a veinte duros; si nos costaba a veinte duros, porque fue subiendo, pues lo vendíamos a doscientas pesetas; normalmente lo teníamos que doblar, si no no te rendía pasar las calamidades que pasabas.



Castillo fortaleza de Marvão (Portugal). María Sánchez Carrasco.

Nosotras ganábamos más que los *cargueros* ¡Hombre claro! Ellos iban a sueldo y no ganaban nada más que el sueldo que les pagaba el patrón. Tenían que traer tantos kilos, si los traían lo ganaban y si no lo traían no; eso era lo que hacían los *cargueros*. Luego ellos, si podía traer además de los treinta kilos, hasta cuarenta kilos, cincuenta o sesenta kilos, pues eso que traían de más era para ellos. Entonces un hombre a jornal ganaba menos de cinco pesetas al día, ¡si las ganaba! Si ganaba mi marido ¡quince pesetas al mes!, haciendo zapatos a jornal. Mi marido no era hombre de campo, no podía trabajar en el campo porque no había trabajado nunca en la vida. El se había criado con artesanos porque sus amigos todos eran artesanos. Estudió el bachillerato entero, en aquel tiempo; claro pues no era hombre de ir a coger garbanzos; antes iba yo que ir él. Yo no lo había hecho nunca en la vida

porque mis padres tenían dinero, pero me tocó casarme con él porque lo quería, pues *sanseacabó*, tuve que *apencar* para trabajar y para que mis hijos no tuvieran necesidades. Porque en aquel tiempo, los materiales que te daban los agotaba él en dos días, pues no le llegaba para todo el mes y teníamos que comer, vestir... yo, ni para ropa ni para jabón tenía. Pasaba la gente hambre. Había gente que se moría de hambre en la calle. Si hubiéramos comido con lo que ganaba mi marido nos hubiéramos muerto de hambre, yo y mis hijos. Es que no tenía ni para el pan con lo que ganaba el hombre. Luego nos pusimos por nuestra cuenta; cuando junté un poco de dinero con el contrabando pusimos la zapatería, vendíamos y hacíamos zapatos; entonces fue cuando ganaba más. Luego me quedé viuda; con ocho hijos.

Yo llegué a cargar hasta cincuenta kilos de café, aunque no lo crea. Aunque se crea que es mentira. Sí, los he cargao. Yo cargaba más que algunos hombres que venían. Normalmente cargaba veinte, quince, veinte...; había días que si había café y había de dinero pues tenías que traer más. Cuando iba de aquí, iba por Olivenza y venía por Olivenza. Pasaba la frontera por donde estaban los pescadores con las barcas, por ahí pasábamos muchas veces. Ahí me cogieron a mi tres o cuatro veces. Te reconocían unas mujeres, las *matronas*; pues entonces había mujeres para reconocer a las mujeres. Una vez me escapé después de estar en el chozo; bueno, me escapé porque la policía, que era la matrona me dejó, si no no me escapo. Éramos cuatro o cinco, y como ya nos había reconocido la mujer, yo, por un agujero que había en el chozo, tiré dos kilos de café y cuando salí los cogí, y los carabineros no lo vieron. Pero quitaban todo lo que podían. Ese chozo estaba en la frontera mismo, en la parte de acá y por la parte de Juromehna⁴, por ahí; aquello ahora está liso, encementao; antes era todo hierba, pinos y eso, jaramales de aquellos, jara. Entonces estaban los carabineros allí, día y noche. Los carabineros no vivían allí; iban y venían. Los pescadores si vivían allí. Habría cuatro o cinco chozos donde ellos vivían; entonces había muchos pescadores. Antes tenían la tutoría de que eran buenos, pero ahora ya sé yo que entre los pescadores y los carabineros tenía que haber un poco de *negocio*. Si no ¿cómo iban a saber ellos a la hora que pasamos nosotras? Lo sabían los pescadores, porque si no nosotras nunca pasábamos; confiabas que no había nadie y luego, a lo mejor esa *carga* no, pero luego a los dos días o a los tres, cuando íbamos p'allá, ya estaban los carabineros escondidos. Los pescadores eran confidentes. Entre el

⁴ Pequeña localidad portuguesa lindante con el Guadiana internacional, situada enfrente de Villarreal de Olivenza. Esta aldea alentejana pertenece al término de Alandroal.

miedo que tenían y algo que les darían los otros.... A mucha gente las cogían así, por los chivatazos que daban ellos. Además, nosotras sabíamos ya la hora, nosotras teníamos la hora controlá. Los carabineros tenían una hora de comida y los guardiñas igual; en aquella hora, a las dos de la tarde, siempre se cambiaban para comer, entonces pasábamos p'allá, porque ni había guardiñas ni había carabineros. Luego ya estaban hasta las diez o las doce de la noche, depende. Entonces era cuando pasábamos p'acá. Osea, de dos a cuatro de la tarde estaba aquello limpio, no había ni carabineros ni guardiñas. Entonces pasábamos nosotras y todos los que íbamos, los hombres también pasaban. Claro que los hombres tiraban por otro lado, más allá. Muchos murieron, bastantes.

Por Caya muchas veces pasábamos en barco; pagábamos al barquero que estaba allí y muchas veces nos pasaba él la *carga*. La barca era pequeña, una barca de pesca.

-A tal hora venir que estoy yo aquí. Más tarde de las ocho ya no pasáis porque más tarde ya no os puedo pasar.

Y nos pasaba. Él era español; el que nos pasaba con la barca.

Por la frontera de Caya era por donde mejor se pasaba de día. Muchas veces pasé yo por allí. Pasaba por atrás; daba la vuelta al campo y pasaba sin papeles. También he pasao a Portugal muchas veces con los *pases del día*, el pase de veinticuatro horas. Traías todo lo que podías, pero como en la cesta no podías traer nada más que un kilo de café y cuatro tonterías, pues lo que hacíamos era que cargábamos en Portugal y nos veníamos hasta la frontera en la Estellesa, nos bajábamos un buen trozo antes de llegar a la aduana, en *Pagapoquito* que le dicen ahora. Bueno, pues por allí nos bajábamos nosotras y cogíamos ya para pasar por el campo, por detrás de la aduana.

Una vez me cogieron y me echaron una multa. Íbamos cuatro y a las cuatro nos cogieron con café, azúcar y tabaco; nos cogieron aquí, en Badajoz. Todavía me acuerdo del día que fue, un día que vinieron los *repatriarcas* esos de Franco, esos viejos que habían ido a las flechas azules o no sé qué. ¡Los de la División Azul! ¡Es que fuimos gilipollas! Mira que ponernos a verlos desfilar con las *cargas* de café.

-Vamos a ponernos aquí a verlos de pasar.

-¡Vámonos, que los carabineros como nos vean se vienen aquí y nos cogen!

-¡Qué va! ¡Ellos van a saber que estamos nosotros aquí!

-Bueno, no te fies.

Nos pusimos de frente de la estación, pues estaban haciendo la fiesta allí y nosotras con la gente; estábamos con las *cargas* y viendo el desfile. Estábamos muy bien, mirando...

*-¡Rosa, Rosa! ¿No ves ese que está ahí de paisano? ¡Ese es un carabini-
binero!*

*-¡Anda! ¡Tu ya estás que ese es un carabini-
binero!*

*- ¡Rosa, que es un carabini-
binero!*

No pasó ni media hora cuando aparece, ya vestido de carabini-
binero, de frente de nosotras. Nos quitaron las *cargas* y todo. Yo, poco más o menos, llevaba unos diez kilos de café y paquetes de tabaco unos diez o quince y cinco o seis kilos de azúcar, no llevaba más. Me parece que la multa fue de doce mil o trece mil pesetas, una cosa así ¡En aquél tiempo! Que tendría yo venticuatro o venticinco años entonces. Nos pusieron lo que ellos quisieron, nos echaron un año de cárcel a mí, a otra catorce meses, a otra doce..., según la *carga* que traías así te echaban de multa; ellos se guardaban los *cuartos* y ¡hala! vete a la calle otra vez al estraperlo. Ellas fueron a la cárcel porque no tenían dinero para pagar la multa; yo pues la pagué a dinero, si no pues también estaría metida en la cárcel, aquí, en Olivenza. Era una cárcel seria, tenía tres o cuatro pasillos que no había dios que se escapara. Era una cárcel seria.

A lo primero, durante muchos años fuimos y vinimos andando. Luego veníamos en carros que nos cogían y luego ya veníamos en la Estellesa y íbamos en la Estellesa⁵. A Mérida he ido muchas veces con el contrabando, a llevar garbanzos y aceite, con el estraperlo, y a Cabeza del Buey. Llevábamos pan, tabaco, arroz, cosas que no había allí, que se escaseaba; ropa de los militares mucha llevé; sacos de patatas también traía y llevaba. Íbamos vendiendo por las casas. Yo vendía aunque fuera negra, le decía yo a una. A mí la gente no me dejaba muchas veces ni bajar de la Estellesa para repartir el pan. Toda la gente quería que le vendiera pan y yo no podía porque me podían denunciar.

Antes no había Estellesa, íbamos cargadas p'allá y cargadas p'acá. No crea que tardábamos mucho que tardábamos muy poco, andábamos bastante. Salíamos de aquí a las diez o las once y llegábamos a la Venta Sevilla a las dos

⁵ Línea de autobuses la Estellesa.

de la noche o así. Cuando salíamos de tarde, salíamos después de comer, a las cinco de la tarde, llegábamos allí a las nueve de la noche. Algunos días hacíamos noche allí y a la madrugada salíamos recto a Badajoz. La Venta esa de Sevilla está pasando los Frailes, donde hay un campo de manzanos. Allí vivía un carabinero que se ponía a coger a la gente que venía de Badajoz. Había muchos contrabandistas, los hombres pasaban mucho por allí, por aquel lado. A nosotras no nos paraba porque nos conocía y no nos decía nada de lo que llevábamos y de lo que traíamos. Él estaba a lo suyo, a los que le daban el chivatazo de los que pasaban y les quitaba la carga.



Venta Sevilla. María Sánchez Carrasco

En Badajoz ciudad vendíamos, comprábamos... Llevábamos gallinas, huevos, perdices, aceite, garbanzos..., todo lo que había. No lo llevábamos al mercadillo, sino a las casas particulares; al mercadillo no podías... Lo cambiábamos por tabaco, porque entonces el tabaco estaba racionado, se lo cambiábamos a las que tenían, a las mujeres de los soldados, de la milicia... Yo tenía varias mujeres de carabineros. Cada una tenía sus propios clientes, claro. Ellas decían que se lo daban a sus maridos. Claro, tú en aquel tiempo no podías decirles lo que pensabas; te tenías que callar, porque si no ibas a la cárcel. Entonces lo que hacías era cambiar, ellas cogían garbanzos, aceite, quesos, conejos y todo eso y comían de lo lindo a costa de lo que le quitaban a otros. A mi me cambiaba la mujer de un coronel, todo de estraperlo. Yo le llevaba aceite, le llevaba conejos, perdices, que a ella le gustaban mucho las

perdices...; yo le llevaba todo eso. La mujer me daba tabaco que era lo que mejor se vendía; y escasez de pan había mucha, pues también me daba chuscos de esos de la mili.

Yo le llevaba aceite a ella y a un churrero, llevaba mucho aceite ¿Y sabes quién me denunció? Fueron mi suegra y la madre de R ¡Mis propias compañeras de estraperlo, vamos! Me denunciaron. Decían que yo lo iba a robar. Ellas querían que dijera quien era el hombre que me vendía el aceite; y yo antes me mataban que denunciar al pobre hombre, porque con decirlo ¡íbamos a la cárcel! ¡Basta que me lo vendiera! ¿no? Ese hombre estaba trabajando en el molino; ahora ya lo puedo decir, ya está en el cementerio y ya no me pueden venir a buscar.

-Mira, si quieres yo esto, hablo con el dueño y yo te vendo aceite. Pero que tú no digas nada a nadie, ¿eh? Yo confío en ti.

-Te lo juro que no digo nada.

¡Me mataran a mí antes que descubrir al pobre hombre! Y ellas me denunciaron diciendo que yo iba a robar aceite ¡Qué te parece a ti! Fue la policía a mi casa. Me dijeron que habían puesto una denuncia como que yo iba a robar aceite a tal sitio ¡Vamos!

-¿Pero qué has hecho?

-¡Yo no he hecho ná! ¿Verdaderamente qué he hecho? ¿Tú te crees que soy capaz?

¡Ahora sería capaz! Sí, si, me pusieron en el Juzgado.

- ¿De dónde lo traías?

-Pues un poco que tenía yo en mi casa y les he llevado dos o tres litros.

¿Qué iba a hacer? Tenía que hacer alguna mentira ¿no? Ellos sabían que yo era *de rompe y raja*; que era capaz..., ¡pero no entré! No fui a robar aceite ¡Estaría loca! El molinero dijo delante del juez que yo no había robado aceite. Sabían que yo no lo robaba, pero pensaron...

-A esta, si la apretamos dice quién se lo vende.

Porque ellos no me querían pescar a mí; querían pescar al que me vendía a mí el aceite, al gordo.

-A usted se lo vende alguien, porque esa....

Cuando dijo “*esa*” el juez, yo pensé...

-¡Ya está! ¡Aquí está el ajo! ¡Ha sido una de las dos!

¡Era mi suegra! Mi propia suegra; para que usted vea ¡Me denunció tres veces! ¡Tres veces, no se crea! Yo nunca he trabajado con ella ¡Nunca! Ella iba por su parte; lo que pasa es que iba espíandome donde yo vendía y si no era ella mandaba a otra a espíarme. Porque como yo llegaba y vendía todo enseguida, compraba y me venía, pues me tenía entre ojo.

Otra vez me denunció a los carabineros, aquí, en Olivenza, en el mismo cuartel. Venía yo en la Estellesa; traía tabaco y café en cajas de levadura, unas cajitas que había de seis kilos, que eran de madera; yo llenaba dos cajas y las achuchaba como si fuera levadura, ponía el letrerito y las ponía arriba en la Estellesa. Antes de llegar a la parada el chofer nos bajaba. Yo ya me había bajado. Di la vuelta por la calle de arriba y bajé a la parada; cuando veo que están los carabineros revolteando todo lo de arriba, todas las cosas; y yo mirando. Me buscaban a mí, pero como me veían abajo no podían decir que me había bajado.

-¿Esto de quién es? ¿Esto de quién es?

Venía la R. también. La cogieron todo, se llevaron la *carga*, pero a ella no la cogieron porque se bajó sin nada; pero la mía como venía camuflada como levadura, pensé...

-Esto no lo sabe nadie.

Yo llevaba más de un año trayendo café en esas cajas. Cuando veo que bajan las cajas.

-¡Ya está! Aquí ha habido algún chivatazo.

-¿De quién son estas cajas?

-Pues no lo sé, ahí están. Dueño no tienen.

-¡Qué raro que no tengan dueño!

-Hombre, que yo sepa..., no sé; yo no sé de quién son.

El chofer sabía de quién eran pero el muchacho no iba a decir que eran mías porque yo le daba a él muchos regalos para que se callara. Y él no dijo nada. Se llevaron las dos cajas para el cuartel y allí quedaron. Ya me habían avisao...

-No te fíes que la madre de la R. está mirando a ver dónde arreglas las cajas y cómo las arreglas y como te vea te va a denunciar a los carabineros.

La madre de la R. no era capaz pero mi suegra sí, pero claro, la otra me denunció por miedo.

Supe que era mi suegra la que me denunció; luego yo la denuncié a ella. Esa ha sido la última cosa mala que he hecho en la vida. Y no le dejé a mi marido que le pagara la multa.

*-¡Dinero mío no le pagas tú a tu madre porque no me da a mí la gana!
¡Esa se jõe y va a la cárcel! ¡Esa va a la cárcel y de ahí no sale hasta que no cumpla la condena!; por lo malarrastra que es.*

Estuvo un año presa; y no le dejé a mi marido que pagara el año, porque lo dejabas *ehchangao* ¿no? Porque si me hubieran cogio porque hubiera sido mala suerte..., que me cogen, pues mala suerte; pero sabiendo yo perfectamente que fue ella la que llamó al sargento; porque luego yo fui a hablar con el sargento.

-No me diga usted a mí que no se lo ha dicho mi suegra.

-A mí no me lo ha dicho nadie.

-¡No me diga usted a mí que no se lo ha dicho mi suegra!

-¡Que a mí no me lo ha dicho nadie!

Y ya me cabreé.

-¡A mí me lo ha dicho su querida, eh! Así que dígame usted si ha sido ella o no ha sido ella o voy a su mujer y le digo que usted tiene una querida.

¡Y vamos que lo sacó! Si es que me lo dijo a mí la chica que estaba con él; que tuvo dos mellizos y todo de él. Y el pobre no tuvo más remedio; pensaría...

-Esta, con la leche que tiene, va ahora y lo dice y no hay más.

Así supe yo que fue ella. Ella nos denunciaba a menudo, lo que pasa es que no era capaz de cogernos. La envidia es muy grande. Como a ella no la compraban la mitad de las veces las cosas, porque era muy tramposa; daba gato por liebre; metía en el café garbanzos, vendía el café mezclado con *fladiñas*⁶...; y luego quería que la gente la comprara; y con los quesos hacía igual, a los quesos hasta los pintaba con azafrán ¡Tú fijate bien! Hacía cosas así. Para que tú veas cómo son las personas.

⁶ Guisantes.

Cuando nos avisaban, teníamos a nuestros familiares que nos estaban esperando en tal sitio y les tirábamos la *carga* por la ventana. Los carabineros se montaban un poco más abajo, por donde está ahora el Polígono Industrial; nosotras tirábamos las cosas más atrás. Cuando se montaban, se ponía uno a cada lado de la puerta para registrarnos cuando bajábamos del autobús, porque ya éramos conocidas por todos los carabineros. Mi hija que era pequeña, iba con mi cuñado a cogerme las cosas de allí para traerlas p'acá. Iban por el camino viejo, no iban por la carretera; cogían las cosas, y esperaban allí, arrimados a las huertas, hasta que fuera de noche; cuando nosotras llegábamos al pueblo íbamos a ayudarles a traer las cosas. Una vez yo tiré diez kilos de café y ni los carabineros ni nadie se dieron cuenta; fui tirando el café por la ventana, estaba toda la carretera llena de café. Yo me bajé y no me vieron nada y no me cogieron nada.

-¿Y usted a qué ha ido a Badajoz?

-Pues a pasear ¡A usted qué le importa a que he ido yo a Badajoz! He ido a pasear y a comprar unas cosas.

-¡Usted va al contrabando que lo sé yo!

-Bueno, pero hoy no he ido. Otro día al contrabando claro que voy, yo me tengo que ganar la vida para dar de comer a mis hijos. Mi marido no puede trabajar porque ahora no hay materiales. Así es que yo tengo que trabajar para poder comer.

-Bueno, pero hoy, ¿cómo no ha ido usted a comprar?

-¿Cómo que no he ido a comprar? He ido a comprar unas camisas, unas chaquetas de soldado.

Llevaba camisas de *soldaos*, chaquetas y pantalones para los trabajadores de aquí del campo; entonces no había ropa en Olivenza, no había tela tampoco; eso no te lo podían quitar. El café que tiré, lo traía en los bolsillos y en las mangas de las guerreras.

-¡Pues esto huele a café!

-¡Ah! Pues no sé. A lo mejor la que me lo vendió tenía café. Yo qué sé. Yo no llevo café.

No me cogieron nada. A la R. la cogieron unos cuantos kilos de café, seis o siete kilos, pero no la echaron multa. La quitaron el café y la dijeron que se fuera.

Si había *moros en la cuesta* -como decía yo-, el chofer seguía con la carga arriba, iba hasta Villanueva y a las ocho de la mañana venía p' acá; yo le esperaba al pie del matadero, en la carretera de Cheles; él paraba y me daba las cosas que traía de vueltas para acá. Si no había moros, cuando llegaba la Estellesa, me las bajaba y yo las cogía como si fuera un encargo. Muchos se bajaban en correos, allí nos bajábamos nosotras; ya quedaba la Estellesa medio vacía, por eso hacía más tiempo y nos daba tiempo a llegar; luego paraba en el paseo, allí se bajaba el resto de la gente; entonces íbamos y, si no había carabineros cogíamos las cosas y si había carabineros no nos acercábamos ni siquiera, como si no fueran nuestras. Muchas veces las perdíamos. El sistema era de que no nos llevaran a nosotros, porque si pierdes una *carga* pues bueno, pierdes mil pesetas o mil quinientas o lo que costara la *carga*, pero no pierdes el que te multan y luego ya te conocen más ellos, y así no te van conociendo; porque siempre eran los mismos carabineros.

Nosotras nos enterábamos de cuando se iba a hacer un registro porque el chofer tenía mucha amistad con los carabineros y lo que pasa en todos los negocios, el chofer me avisaba.

-Antonia, mañana no vengas, mañana no.

-¡No seas mentiroso!

-¡No vengas mañana que hay jaleo!

Él lo sabía por la gente, por ellos mismos, de conversación. Conocía a los carabineros y era el chofer de la Estellesa; si van un día, van otro, pues cogen amistad y hablan y le preguntan...

-¿Qué, vienen algunas o no vienen?

Y claro, pues el chofer ya va con confianza.

- Hoy vamos a venir a las doce, porque hay un chivatazo.

Ellos no querían, pero si les daban un chivatazo no tenían más remedio que ir.

-Hoy va a haber un registro, esta tarde, cuando llegue la de las cinco.

Y él pues nos avisaba de que al día siguiente iba a haber un registro.

Las mujeres traían contrabando todas porque todas iban a lo mismo. Las que iban por Badajoz, raro era que no fueran a eso. Todas vendían en la calle Zapaterías, en la Plaza Alta, donde estaba la *Chula* y la *Guapa* que le decían, unas señoras que eran de Badajoz. Venían hasta los carabineros allí y estaban con los contrabandistas. Yo no regalé a ninguno de esos nunca nada

¡Nunca! Ni la saliva les regalaba yo a esa gente ¡A ninguno! Al conductor sí que le regalé muchas cosas, pero a esos jamás en la vida. El jefe no se enteraba; yo a quien regalaba era al conductor y al bajamaletas, al F.; porque si no iba y se chivaba uno del otro. A esos sí les dábamos; si llevabas conejos pues le dabas un conejo, si llevabas tabaco pues le dabas un par de paquetitos de tabaco o algún paquetito de café, aceite... cosas. Y él también pasaba cosas, yo le daba cosas para que pasara; que también llevaba contrabando él, no se crea. Le vendía yo, o sea, le decía...

-Yo te traigo y tú lo llevas y eso, lo vendes tú para ti.

Le traía café, cuatro o cinco kilos de café y se lo daba al precio que me costaba a mí allí y él pues los vendía.

En Badajoz, cuando bajaba la gente del autobús, el conductor sacaba el coche como si lo fuera a limpiar, como si fuera a hacer un recado y entonces llevaba mis cosas a la casa de su hermana que vivía en Badajoz, me dejaba allí mis cosas para que yo luego las repartiera; pero aquella vez, aunque quiso, el pobre no me pudo salvar, no le dio tiempo ni a montarse en el coche; se le echaron encima los carabineros. Yo llevaba bastante aceite y garbanzos; me cogieron con garbanzos, con un saco de garbanzos. Bajaba y ¡pum!, los carabineros me llevaron a la Fiscalía; la R. también iba. Nos llevaron a Hacienda, donde trabaja ahora mi nieta.

La R. tuvo que pagar dinero; yo no pagué ni una *chica* y me devolvieron cuatrocientas pesetas ¿Qué le parece? ¡El rollo que les formé con los garbanzos! Ellas no fueron capaces de ir a declarar allí delante del tío ¡Es que había tres tíos que ponían los pelos de punta!

-¡Ay mamaíta!

-¡Pero cállate, coño! ¡Ya estas descubriendo que aquí está todo! ¡Cállate, no llores! ¡Tú ves con rollo y le dices lo que sea!

-¿Pero qué le voy a decir? Si yo no le puedo decir nada; si yo compré esto, compré lo otro...

-¡Pues cállate, no le digas que lo has comprado, di por lo menos que te lo han dado!

La última fui yo en declarar; no nos dejaron declarar juntas. Me tocó a mí; y ellas llorando.

-¿Que os ha pasao?

-¡Que nos ha quitado todo el juez...!

-¡Pero no llores!

-¡Ay! Y ahora te toca a ti.

-¡Bueno! Pues si me toca a mí, tú déjame a mí que verás cómo ellos conmigo van a salir perdiendo.

-¡Ay, no! ¡Ay, no! ¡Mi mamáita!

Las dos se quedaron llorando. Eran un caso.

-¿Usted se llama A.N.G.?

-Sí, para servirle.

-¿Bueno, y usted para qué lleva esos cincuenta kilos de garbanzos?
¿A quién se los compró?

-Son míos. No se los he comprado a nadie. Son míos.

-¿Y usted, de qué tiene esos garbanzos?

-Mi marido es zapatero y les hizo botas a unos labradores y como no tenían dinero, pues se lo pagaron con garbanzos.

-¿Y ahora para qué los trae usted a vender?

-Eso no, no los traía a vender. Yo los traía a dárselos a mi padre para que coma mi padre, que está aquí en Badajoz, en la calle Santo Domingo; allí tiene la carbonería. Llame usted ahora mismo verá si está allí mi padre.

Entonces los hombres llamaron, que eran gente de educación y de carrera.

-¿Usted se llama J. N. N.?

-Sí.

-Es que tenemos aquí a su hija presa.

-¿Mi hija presa? ¡Ahora voy yo!

¡Oh! ¡Mi padre! De que le dice que estoy presa. Es que no les dio tiempo; les colgó y se fue allí donde estaba yo; pero no fue solo, fue con el capitán de la guardia civil, con el más gordo de Badajoz se presentó en la Fiscalía. Yo de que lo vi ¡qué vergüenza me dio! Cuando llegó el capitán y los otros le vieron. ¡Se quedaron más callaos! Uno se puso más colorao que la camisa que lleva usted puesta. Ahí ya me sentí yo defendía.

-¿Es su hija?

-Sí señor, es mi hija.

-Es que ella dice que trae unos garbanzos y que los trae para usted.

-Sí, sí, acostumbra a traerme algunas cosas; si le dan a ella cosas, acostumbra a traerme algunas cosas de regalo.

-¿Usted sabe que esta gente es buena gente, que este señor es muy amigo mío? ¿Dónde están los garbanzos?

-No están aquí, en la Fiscalía no están. No se los podemos dar.

-¡Coño! ¿Qué ha pasao aquí?

-No se los podemos dar porque ya se los han llevado a un almacén.

No sé adonde se los llevarían, a algún almacén para luego comérselos ellos; pero en Fiscalía no estaban ya los garbanzos; habían volao.

-Bueno, pero váyase tranquilo que no le va a pasar nada a su hija, nada, su hija no ha hecho nada, nada más que traía unos garbanzos.

Me fui a comer a casa de mi padre, pero no me fui junto con él, él se fue con el otro y yo me fui con la Rosa y la otra; ellas seguían llorando.

-¡Ay! ¡Ya perdimos nuestras cositas!

- Bueno, dejar las cositas.

Las echaron una multa pequeña porque traían poco; yo era la que traía más. Ahora que a mí me fastidiaron bastante. Luego, al cabo del tiempo, llega el pobre de mi marido...

-Me ha dicho D. que tienes allí dinero de no sé de qué, de unos garbanzos, que pases a recogerlo.

Yo ya ni me acordaba; esto fue al cabo ya de lo menos dos años. Me acordaba, pero lo que yo no pensaba era que me fueran a mandar dinero. Me los pagaron a lo mismo que yo los había puesto. En el ayuntamiento me los pagaron. Los perdí pero no pagué multa y cogí el dinero. El dinero era lo de menos, era más la multa que te ponían.

Ya viuda, llevaba cuadrillas de mujeres a coger olivas, a arrancar garbanzos, a escardar...; cerca del Guadiana íbamos a coger algodón ¡Andando! No fuimos más tiempo andando porque yo le dije al capataz...

-Si no nos pones un remolque y vienes a buscar a las mujeres, yo soy la primera que no vengo; si pones un remolque vengo, si no dale el puesto a quien quieras que yo no vengo con las mujeres andando.

¡Es que era muy largo! Había mujeres que cuando llegaban no se podían mover; cogían dos kilos de algodón, tres kilos y había hombres que no cogían ni trece kilos de algodón.

-¿Tú crees que no es una pena que venga un hombre para coger trece kilos de algodón en todo el día?

Yo me cogía setenta, ochenta kilos, y estaba a cargo de las mujeres. Yo lo sabía coger muy bien y no me pinchaba, pero había pobrecitas que me daba una pena de verlas sufriendo, de estar todo el día cogiendo algodón; y hombres hechos y derechos que no salieran de los veinticinco kilos, quince, veinte... No hubo hombre que pasara de los veinte o veinticinco kilos. No hubo hombres que tuvieran *huevos*, como yo digo, para coger más. Yo me cogía todos los días dos sacos.

-¡Es que sois gandules, hombre! Si soy yo una mujer y ya voy con una vuelta para acá y vosotros todavía estáis en la primera.

-¡Que no somos capaz, Antonia, que no podemos!

Hacía tiempo que estaban colando piedras, porque yo sabía poco más o menos lo que cogía uno, lo que cogía otro; cuando uno de esos cogía, por ejemplo treinta kilos, yo ya sabía que ahí iban cinco kilos de piedras.

-¡Ah! ¡Qué importa! El dueño tiene más.

-Antonia, parece que hay piedras en los sacos ¿Quién será el que mete las piedras?

-Yo no sé, no sé.

-Pues alguno hay que mete piedras, así es que esto hay que verlo.

Dijimos que por favor no cogieran piedras; pero mira por dónde ese día, los hombres...

-Las piedras, pues las meterá la Antonia que es la que coge más algodón que nadie.

-La Antonia no mete piedras, pero si es ella la que mete las piedras pues ya la cogeremos como a otra cualquiera. No creáis que porque está al mando no le va a pasar igual que a vosotros.

-¿Yo? ¿Yo meter piedras en el algodón? ¡Yo no meto piedras!

-¡Tu meterás piedras! Claro, como eres la encargada...¡ metes piedras!

-¿Yo piedras...? ¡Me cago en la madre que los parió!

Cuando me dicen eso, parece que me había *picao* un lagarto. Soy buena a las buenas, pero tengo muy mala leche. Mira, de que me dicen eso...; tenían que ser hombres porque mujeres, también lo dirían por detrás, pero por delante no me lo decían.

-Lo va a ver el encargao ¿Tiene un cuchillo?

-Sí, ahí hay cuchillo.

-¡Traiga el cuchillo!

Rajé el saco de arriba a abajo, y les digo a los dos...

-¿A ver, cuántas piedras hay aquí? ¿Véis? ¿Véis las piedras que hay? ¡Ahora voy a abrir todos los sacos, pero todos! A ver...el tuyo, el tuyo, el tuyo...¡No va a quedar uno! ¡Se van a rajar todos! y el que tenga piedras no viene ni un día más, ¡ni un día más!; por lo menos conmigo.

Había siete u ocho sacos con piedras así, con pedruscos ¿Ves lo que hicieron? pues ya no pudieron coger más algodón. Si no dicen ellos eso, yo no digo nada, ¡yo jamás lo diría! Hasta que me fui a Barcelona es lo que estuve haciendo: cogía algodón.

Cuando me fui a Barcelona ya no había contrabando, porque las cosas ya estaban bastante bien. Lo que pasaba es que había hambre porque no había trabajo. Pero ya había de todo para comer; si querías comprar pan lo comprabas, si querías comprar garbanzos los comprabas y aceite, más caro, pero lo había. No había trabajo y me tuve que ir. Vendí dos casas que tenía en el pueblo, traspasé la tienda y me fui con mis hijos a la buena aventura de dios. Estuve trabajando en la casa de un ingeniero catorce meses y después entré en un banco a trabajar, me quedé en el banco trabajando hasta que me he *jubilao*. Estuve limpiando, con cuatro o cinco mujeres más. Siempre me ha tocado la china; aquí andaba con mujeres y allí con mujeres; aquí llevaba cuadrillas de mujeres para coger algodón, para escardar... y allí a limpiar bancos. Trabajaba en el banco por la tarde, de las tres hasta las nueve y media de la noche. Y desde las ocho y media de la mañana en casa del director del banco hasta las dos. No paraba. Iba de su casa al banco. Eso lo estuve haciendo treinta años, día y tarde. Yo me vine a Barcelona con dinero, porque si no hubiera sido peor; tuve suerte porque en aquellos tiempos vivía la gente en barracones. Mucha gente vivía en hoyos que habían hecho para la vía del tren; allí había mujeres en una especie de cuevas ¡Mucha gente de aquí del pueblo! Y se creen muchos que la gente allí no ha pasao calamidades.

EL CONTRABANDISTA

Entrevistado: *Joaquim José Ramalho, alias “el Lagarto”.*

Entrevistador: *Eusebio Medina García.*

Fotógrafa: *María Gracia Sánchez Carrasco.*

Lugar: *Santiago Maior (Casas Novas). Portugal.*

Fecha: *20/07/1998.*

Duración aprox. de la entrevista: *2 horas.*

RESUMEN

Joaquim José Ramalho, más conocido como “el Lagarto”, vivía con su mujer en una humilde casita de campo, a las afueras de Santiago Maior, en el término portugués de Alandroal. Aunque yo no le conocía había oído hablar mucho de él, en Cheles y en Olivenza, donde me aseguraron que había sido el contrabandista más famoso de esta parte de la frontera -raya húmeda-¹. Cuando por fin dimos con él en el verano de 1998, el Lagarto estaba sentado junto a la puerta de su casa, a la sombra de una parra. Vestía camisa y pantalón negros y parecía como si estuviera esperándonos. Su mujer también iba vestida de negro.

Este hombre trabajó muchos años como cortador² para un conocido industrial cafetero de Campomayor. Reclutaba y guiaba a las cuadrillas de mochileros y se hizo famoso, entre otras cosas, por su resistencia física y las pesadas cargas³ que transportaba, algunas de más de cuarenta kilos. Su zona de actividad abarcaba desde el Algarve hasta el término de Campomayor. El Lagarto representa una de las mejores estampas del contrabandista de posguerra que hemos conocido. Hablaba un castellano atropellado, con cierto deje que se le había pegado en sus innumerables incursiones al otro lado de la frontera. Su conversación, casi monólogo, era cautivadora, apasionada y

¹ Denominamos aquí “raya húmeda” al tramo de frontera internacional que traza el río Guadiana durante un trecho de su recorrido. En general, consideramos “raya húmeda” a los tramos fronterizos delimitados por cursos de agua naturales, especialmente cauces de río.

² Nombre con el que se denominaba a los guías de las cuadrillas de mochileros en la Raya o frontera de Portugal.

³ Cantidad de contrabando contenido en la mochila de un mochilero. Tanto el contenido como el peso de la carga variaban ostensiblemente de una a otra parte de la Raya y según la naturaleza de quienes la transportaban: hombres-mujeres-niños, profesionales-aficionados, contrabandista a pie-a caballo, etc.

melancólica; mientras nos relataba una parte de su vida, yo sentía que estábamos viviendo una singular experiencia.

Me llamó la atención su disposición a contar cosas comprometedoras desde el principio y sin apenas pedirme explicaciones. Esta actitud colaboradora difería considerablemente de la de otros informantes, pero se asemejaba a la de aquellos que habían estado metidos de lleno en el contrabando y conocían muy bien sus entresijos. El encuentro duró más de lo que se transcribe a continuación. La conversación se prolongó durante la comida que nos ofrecieron y más allá de los postres.

En el relato que a continuación se presenta destacamos la presencia central y la importante carga simbólica que representaba el río, el caudaloso Guadiana; atravesarle era el reto constante que se imponían los contrabandistas así mismos, aún sin saber nadar; sortear los peligros que se arremolinaban en su cauce, en torno a sus orillas, ganarle la partida a la naturaleza y a los guardias una y otra vez, esconderse o luchar para no dejarse apresar; resistir para no ser arrastrados por la corriente. El Lagarto nació, vivió y murió junto a la frontera. Él nunca emigró; permaneció aferrado a esta tierra que tan bien conocía, siempre cerca de su fronterita, el escenario de tantos peligros y situaciones, la puerta agreste de tantas aventuras y ensoñaciones.

Esta peculiar entrevista recoge, a nuestro parecer, la esencia de una vida dedicada al contrabando en la frontera. Es la historia resumida de un



El Lagarto. María E. Sánchez

cortador portugués, de un guía de mochileros. Su testimonio constituye un documento inédito, de primera mano, asombroso. Es una visión desde dentro de las cuadrillas del contrabando tradicional, sobre las complejas relaciones que se entretrejan en este asunto oscuro y peligroso del contrabando, de las privaciones, de las fatigas, de las proezas... Este es un alegato sobre la fuerza de la voluntad, sobre la propia vida recreándose a sí misma en proceso constante de repetición y de transformación.



Quinta Portuguesa. María E. Sánchez

CONTENIDO DE LA ENTREVISTA

Yo era un *cortador*; un *guía de cuadrillas*. He llevado doce, quince, veinticinco, treinta y cuarenta hombres. Yo era el que sabía dónde estaban los compradores, el que sabía *cortar*, el que sabía los caminos. El privilegio del *guía* era que iba donde quería y los demás tenían que ir detrás. Además de mi mochila ganaba un porcentaje de lo que llevaban los compañeros. Siempre mi mochilita era muy chiquinina: eran unos cuarenta kilos nada más. Cuarenta kilos. Empecé el contrabando a los dieciseis años, empecé y he andado ahí unos cuantos años, muchos... hasta hace unos quince o dieciseis años que lo dejé.

La guerra civil de España empezó en el treinta y seis y terminó en el treinta y nueve. Fueron tres años sólo matando y quemando, nada más ¡Gracias a Portugal, a Francia y a otros países! Entonces, en el año cuarenta, en el año del hambre, España no tenía *ná, ná, ná*. Era arroz, era azúcar, era harina, era pan y era de todo; de todo tenían que llevar de los otros países. Entonces gobernaba un tal Salazar aquí en Portugal; iban un montón de camiones de Portugal para España. Pasaban por Elvas, por el Caya y pasaban allá por Villarreal de Santo Antonio. El camión que venía detrás de todos llevaba un letrero con letras grandes que ponía “Sobras de Portugal” ¡Sobraba a Portugal y los portugueses llenos de hambre! ¡Ja, ja, ja...! ¡Todo Portugal estaba lleno de hambre! Pero como el que mandaba era el Salazar. Por aquí pasaba mucha harina, ¡muchísima!; y *guarros* muertos que se morían cuando enfermaban; unas veces iban los portugueses a llevarlos allí -a España- y otras eran los españoles los que venían a buscarlos aquí -a Portugal-. Y todos a Chelos. Allí todo se tragaba, todo, todo. Eso era un año después de la *guerra*. Se han *pasao* tantas cosas.

Del contrabando más malo, bien que me acuerdo ¡Por Dios si me acuerdo bien! La que menos me ha gustado y la más costosa, la más mala de llevar *p'allá* ha sido unas chapas que había, unas chapas amarillas que parecía que eran de oro, unas chapas así, grandísimas. Para llevarlas teníamos que liar nos unos sacos a las costillas, unas se llevaban un poco mejor que otras. Ibas andando y ibas haciendo una senda: *truc, truc, truc*. ¡Jo, jo, jo...! Y en las noches de luna, como las chapas eran amarillas, brillaban muchísimo ¡Me cago en.....! Los que venían detrás veían brillar las chapas en las costillas del otro. De manera que ése era el contrabando más malo que he llevado. También he pasado cobre; iba mucho en barras. Las barras pesaban veinte kilos cada una, nos poníamos dos y eran cuarenta kilos encima. Yo he *pasao* muchas. Luego había otro también malo, era un contrabando de piezas de hierro. Acá, en Portugal, desmontaban los coches, los camiones. Eran camiones Barreiros. Las piezas de camión venían de Lisboa y las traían *p'aquí, p'a* la frontera. También se pasaban a las costillas. Yo he pasado todo eso; pero siempre, la mayor cantidad ha sido el café, siempre el café.

El padre de R. empezó con una torrefacción pequeñita, al estilo de los tiempos, y sacó el café Camello. Entonces había una marca que era muy buena, el café la Estrella que se hacía en el Manal de la Fuente, en una quinta cerquita de Elvas, la Quinta del Formiguero. Cuando salió el café Camello a los españoles les gustó mucho. En aquel entonces traían el café en carros hasta mi pueblo. En los primeros años comprábamos el café cerca de la fron-

tera, en casa de los comerciantes, en las aldeas. De allí, ya cargados, lo llevábamos para España. Éramos mochileros. En las cuadrillas iban gentes de muchas maneras.

Yo tenía que ser responsable de todo eso, porque el amo R. ponía toda su confianza en mí, y podía hacerlo porque yo no le he engañado ni una vez siquiera, nunca, en nada. El responsable de los hombres era yo y yo tenía que hacer por salvar a toda costa lo que llevaba. Si en el camino nos asaltaban los guardias, siempre a la caza, y perdíamos la carga, pues quien la perdía era la fábrica, era R. el que perdía todo; pero si fuera por un descuido nuestro, entonces éramos nosotros los que teníamos que pagar y eso todo se sabía porque éramos muchos siempre. Cuando nos asaltaban los guardias cada uno salía a correr por su lado, así nunca perdíamos todo. Luego, siempre los compañeros justificaban cómo había pasado la cosa; pero allí de engaños nada; porque muchas veces, como teníamos que esconder las *cargas* de un día para otro, yo si quisiera ser malo podía *apañar* una *carga* o dos y decir que me las habían robado; el que perdía era R., pero yo no he hecho eso nunca, siempre he salvado todo lo que podía. Todo, todo, todo. El amo, R., ese tenía toda la confianza en mí, toda. Si se perdía la carga se perdía. Si no se perdía y se salvaba se presentaban las cuentitas allí juntas, todas. Yo, cuando volvía de España iba a hacer cuentas con él allí, al escritorio, y le contaba todo; se perdiera una carga o se perdieran dos; nos asaltarán los guardias o no; nos robaran las cargas que teníamos escondidas y todo eso. Todo allí en la cuenta. Algunas veces perdíamos las *cargas* y nos quedábamos sin *perras*; entonces R. nos daba otras cargas a crédito hasta que otra vez arregláramos *perritas*. Así que nunca perdíamos el viaje. Si teníamos dinero cargábamos y si no teníamos dinero nos llevábamos las *cargas* a crédito, así nosotros siempre estábamos trabajando, era lo que le interesaba a él también. No parábamos, porque en aquél tiempo como pararan los mochileros se paraba el negocio; y siempre claro, siempre el café *p'alante*, siempre las cuentas claritas, siempre. Allí tenía yo crédito. R. me daba también un porcentaje sobre los kilos de café que llevaban los compañeros y además yo llevaba mi *carga*, era la que yo llevaba. Si era un poco más cerca se ganaba menos y si era un poco más lejos pues ya se ganaba más. Las cargas salían de aquí todas iguales; treinta kilos era la media de la carga, pero luego, a los dueños del café les convenía que lleváramos mientras más mejor y empezaron a hacer las cargas de cuarenta kilos.

R. era un hombre valiente, y lo es todavía, y muy bueno; y claro, muy conocido mío.

- *Tira p'a España con ése café.*

Me mandaba las camionetas con el café y yo buscaba a los hombres. Una cuadrilla se formaba muy bien, en esos tiempos no había trabajo y el que había no valía para nada porque se trabajaba mucho y se ganaba poco, muy poco. Yo buscaba una cuadrilla en mi pueblo, había otros cortadores que la buscaban por donde ellos estaban y cada uno pasaba por donde más cerca le salía. Cuando alguno quería trabajar en esto venía y hablaba conmigo. Yo no sabía si ése era un buen mochilero. Eso no se sabía hasta que no le llevabas; se veía sólo en el porte si valía y si habíamos quedado en eso de no volver pues no iba nada más que esa vez.

- *¡Anda vete p'ahí a trabajar!*

Un jornalero en esos tiempos ganaba muy poco; por eso había *cargueros*⁴, sino no había ninguno. Un jornalero ganaba unos siete escudos y medio al día, con una *cavadora*⁵, arrancando taramas o lo que fuera. Un *carguero* ganaba trescientos, trescientos cincuenta, cuatrocientos escudos en tres noches; pero costaba mucho; se pasaba mucho. Había que pasar hambre, había que pasar mucha sed y había que andar toda la noche enterita. A algunos les han matado, ahí en la frontera. Conozco sitios donde me decían los que sabían:

- *Mira, aquí mataron a uno de un tiro, aquí mataron a otro de un tiro.*

A mi muchas veces me han *tirao* tiros, pero al aire.

En los primeros años traía el café aquí, a la frontera. Nosotros se lo pagábamos a los comerciantes y de allí, ya al hombro, pasábamos el Guadiana y lo llevábamos a España a lugares donde lo podíamos vender. Íbamos a Alconchel, cargábamos el café aquí en Portugal, tardábamos dos noches para llegar. Si era a Barcarrota, íbamos veinte kilómetros más *p'allá*; había que atravesar las sierras: la Sierra de Táliga, la Sierra de Calero...; según era el camino que cogíamos tardábamos una noche más o una noche menos. Total, que así eran las cosas.

Eran unos tiempos muy duros. Claro, la gente iba pero le costaba mucho. No había trabajo y las personas estaban paradas, pues iban a ganarlo, tenían que comer. Luego, muchas veces aquí ya no había ninguno que quisiera ir y no tenía hombres para llevar el café; entonces me ha mandado R. las

⁴ Mochilero a sueldo o por cuenta de otro.

⁵ Zacho.

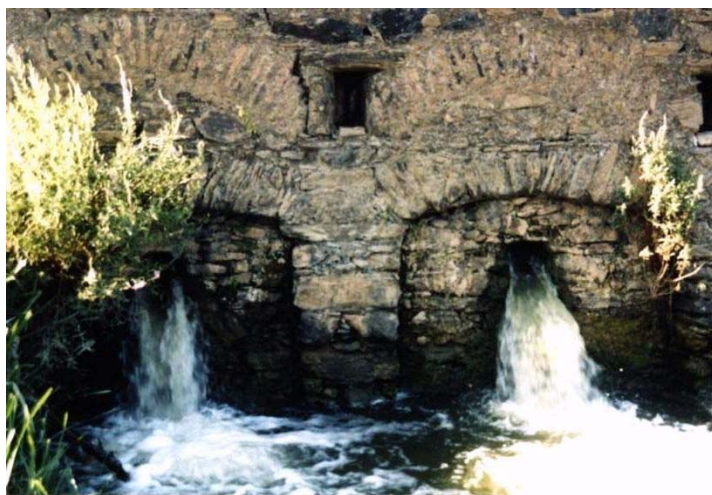
cargas hechas, con la furgoneta: veinticinco *cargas* y veinticinco hombres. Los hombres salían de la camioneta todos con su *carga* y yo con la mía; el chofer se volvía para atrás y yo seguía *pasando* con los hombres. Y así muchas veces. Ha durado unos cuantos años eso. Lo pasaban -el contrabando- por todos los sitios, por toda la fronterita. Yo de Oguela *p'arriba* nunca he *pasao* nada. Siempre cerquita de Oguela y *de ahí p'abajo* hasta cerca del Algarve he pasado por todos los sitios. Igual que yo había otros. Había uno en Campomayor que le llamaban el Muerto Vivo. Ese era un hombre igual que yo. Algunas veces ha venido a pasar por aquí, pero ese *cortaba más p'arriba*, por la zona de Campomayor-Oguela. Había muchos *cortadores*; el más importante era el Muerto Vivo y de ahí *p'abajo* era yo.

En Higuera de Vargas había muchos contrabandistas, muchísimos. Iban a caballo. Llegué a ver veinticinco contrabandistas a caballo que allí por donde pasaban hacía una vereda. En Aceuchal había algunos contrabandistas, también éstos venían con caballos, pero donde más había era en Higuera de Vargas. Ellos no pasaban a Portugal, iban hasta la frontera y nosotros les acercábamos el café. Allí hacíamos negocio y tira, *marcha p'alante*. Yo he ido hasta allí también con el café al hombro. Había viajes que se tardaba cinco noches en llegar allá, otras veces seis noches. Hasta Almendralejo, hasta Villafranca de los Barros, dieciocho kilómetros más *p'alante*; luego hasta el Valle de Matamoros, más lejos aún, para esta otra parte. A Mérida también íbamos andando. Mérida queda a sesenta y un kilómetros de Badajoz para allá; Almendralejo a cincuenta y seis kilómetros de Badajoz para allá. Eso por la carretera. Nosotros, andando normal, teníamos que atravesar cerros, teníamos que dar mucha vuelta; andábamos más kilómetros.

Muchas veces pasaba *p'allá* con los barqueros portugueses y luego *p'acá* con los españoles. De Cheles íbamos a Alconchel, son veinte kilómetros más, andando, con los sacos de café a las costillas. Las mochilas las sujetábamos con unas cuerdas, las poníamos encima de unas piedras o lo que fuera, metíamos los brazos allí y ¡tira esa noche! Y llegábamos a sitios que llevábamos tres, cuatro, cinco y seis noches andando, con ese café. Cuando se iba viendo había que parar, a eso nosotros le llamábamos *la picada*; luego otra noche por ahí, luego hacíamos otra *picada*. Trabajábamos mucho, ¡muchísimo! Muchas noches andando porque de día no se podía andar; como le dieras facilidades a los guardias te cogían y te llevaban preso. De cualquier manera siempre íbamos al sitio, pero no podíamos confiarnos porque estaban escondidos.

Yo tenía conocidos. Conocía a todo el mundo *pa'i*. Había fincas en la que vivía gente mala, nos denunciaban a los guardias y no podías ni aparecer

por allí; pero luego había otros que eran buenos y nosotros los conocíamos a todos; así que teníamos siempre donde parar. Escondíamos las *cargas*, yo sacaba un kilo de café para hacer un cafelito para todos. Con medio kilo hacíamos el café y el otro medio kilo se lo regalaba al hombre de la *majá* o del



Detalle de molino. María E. Sánchez

cortijo si era el caso. Así es que yo convivía muy bien con toda la gente esa y esa gente me guardaba. Así han sido las cosas.

En España nos compraban el café las *revendedoras* que eran casi todas mujeres viudas de la *guerra*⁶. Las pobrecitas como podían vivir era así, vendiendo café, se ganaban un porcentaje, nosotros se lo poníamos a diez duros y ellas lo vendían a once, doce o a como podían. Mientras lo vendían nosotros nos quedábamos allí en el corral; a veces nos quedábamos tres o cuatro días hasta que vendían el café. De allí no podíamos salir, en esos tiempos al que cogían le mandaban a la cárcel. Si te cogían sin pasaporte, aunque no llevaras nada, te echaban treinta días de cárcel.

⁶ Se refiere a la Guerra Civil Española (1936-39).

A nosotros nadie nos informaba *de ná*. Aquí era el tal Salazar, en la parte nuestra. Se llevaba muy bien con Franco y los guardias se llevaban muy bien, claro. Todos los días hacían sus confrontas en la frontera y tal y cual. Ellos solos eran los que sabían los tratos que tenían. Nosotros no sabíamos nada. Si pasaba algo era por la suerte. Ellos se ponían siempre en la frontera; pero como la frontera era muy larga, era de noche y además, nosotros sabíamos los terrenos muy bien, conocíamos todas las barranquitas que había, toda la fronterita, pasábamos por unos senderos que no eran capaces de encontrarnos. Eso era rarísimo, el encontrarnos era rarísimo. Nosotros pasábamos en fila, claro que sí. Yo era el *cortador*, iba delante de todos y los otros iban detrás de mí. Si la noche estaba muy oscura teníamos que ir un poco más cerquita unos de otros. Cuando eran noches de claro de luna, entonces íbamos cinco o seis veces más lejos unos de otros. Si nos asaltaban los guardias, como íbamos lejos unos de otros, cada uno se escapaba por su lado y podían coger una o dos cargas o tres; si fuéramos juntitos las cogían todas. Entonces al que cogieran... ¡je, je, je!... A ese *le cogian de frente*.

En Badajoz ciudad, se metía a mucha gente por contrabando en la cárcel. En Olivenza había una cárcel en el pueblo; a los primeros días los tenían allí, en la cárcel esa; y luego, después de responder, les salía la pena: tres meses, o siete, o diez y los enviaban a Badajoz. En aquella época el contrabando no era una cosa normal, era prohibido; porque si nos cogían con él nos quitaban el café y nos llevaban a la cárcel, luego nos ponían una multa y el que tenía dinero para pagar la multa esa salía enseguida y el que no tenía *perras*⁷ para pagar se quedaba en la cárcel. No se cuánto valía en pesetas un día de cárcel; yo lo que se es que me cogieron allí y me salieron dos años de cárcel, en Badajoz; pero yo he pagado parte de la multa y he estado quince meses y medio preso; el resto del tiempo lo he pagado en dinero. Fue después de la *guerra*, en los años cuarenta. Las multas del contrabando todo en dinero las pagabas. Eran las *perras*, las *perras* se hacían cargo *de tó*.

Yo he tenido una fortuna muy grandísima. No en *perras*, en tener mucho dinero; pero sí en constitución, en fortaleza. Algo bueno he de tener porque, dese usted cuenta, me he *pasao* hasta tres noches y tres días sin comer. Yo resistía mucho tiempo sin beber agua. Hay muchas personas que, ya ve, a cada cuatro pasos tienen que estar bebiendo agua y si no pues, bueno, no

⁷ Dinero en efectivo.

podían ni andar siquiera. Se me terminaba el agua y yo andaba toda la noche enterita sin beber agua; a mí no me importaba eso mucho, y resistía con ello, pero había otros que si se les terminaba el agua andaban a rastras. Llevábamos colgando de la *carga*, con un cachito cordel, un barrilito muy chiquinino con un litro o un litro y medio de agua, nada más; de frente no podíamos llevarlo porque había muchas paredes y como había que saltarlas, si llevábamos el barril de frente lo partíamos enseguida, así que el barril iba en la parte de atrás, atado con unos cordeles al saco del café. Cuando se nos terminaba el agua había muchos sitios donde nosotros no podíamos ir a buscar agua, porque los guardias sabían que había contrabandistas y muchas veces se escondían cerquita de la fuente para ver si alguno iba a por agua para cogerlo. Así que como se terminara el agua que llevábamos de aquí, de la frontera, la otra ya estaba demás porque no podíamos ir a ella. Muchas veces no había nadie acechándonos pero la mayoría sí estaban y alguno, más atacado de la sed ¡buf! ese se hartaba de sufrir *p'ahí*. Yo tenía un hombre que era de ahí de Elvas, uno que *falaba* asín..., no muy claro. Se llamaba Uvita, era el nombre que tenía, sería el apodo, no sé.

- ¡Aaaajjjh mucha sed! ¡Mucha sed!

- No hay agua ¡No hay!

Yo le decía que no había agua y sin embargo estaban las ranas cantando.

- ¡Canta rana! ¡Ha agua! ¡Canta rana! ¡Ha agua!

Ése era el Uvita ¡Ahí va el Uvita!

Muchas veces pasábamos de largo. En ese tiempo había guardias y perros también. Teníamos que dar vueltas muy lejos y al dar vueltas tan grandes se perdía mucho el tiempo y ya no podíamos llegar adonde estábamos destinados, había que quedar un poco más atrás; luego ya no había merienda *p'a* comer ese día y había que estar todo el día sin comer. Yo me aguantaba y me resistía con todo eso, pero muchos de los compañeros no. Como estuvieran un día sin comer, a la noche no eran capaces de andar y yo me veía a rastras con ellos. Así que lo pasábamos muy mal, por todo, por todo, por todo.

Lo que he *penao* yo con las *cargas* de cuarenta kilos. Llevaba cargas muy grandes. Había alguno que llevaba lo que yo, pero pocos. Luego, lo que pasaba era que yo he *tenío* más hombres y como llevaba muchos hombres, casi en todos los viajes alguno se iba abajo, se cansaba, a otros que las piernas le fallaban, otras veces los hombros...; y cuando se estropeaba alguno en el camino tenía yo que cargar la *carga* del otro encima de la mía, y así llevaba

las dos *chepas*⁸. Así fue cómo me hice muy famoso en toda la frontera. Llevábamos unas alpargatas con la suela de goma muy finita, era lo que llevábamos de calzado; eran alpargatas de tela cosida por arriba y claro, se te quedaban los pies por ahí, se te clavaban las piedras en los talones. Esto tenía muchas cosas muy malas, muy malas, muy malas. Era sólo penar, sólo penar y nada más.

Llevábamos el *fiador*⁹ encima de la *carga* para poder saltar las paredes. Una cosa era el *fiador* y otra la talega, pero a veces, la bolsa de la merienda hacía de *fiador* también, porque algunos echaban en ella tres o cuatro kilos de café. Yo llevaba siempre cinco kilos de café en la talega. La talega tenía un cacho cordel que se ataba a ella misma y luego se colgaba por la cabeza y así quedaba sujeta junto a la carga. El contenido del *fiador* era siempre para nosotros. La fábrica no se metía en eso; esos cuatro o cinco kilos de café o lo que llevaras ahí, en el *fiador*, quedaba para nosotros.

Yo conocía todos los *puertos* que había, todos. El paso del Guadiana era lo peor que teníamos, era el de más *responsabilidad*. Las patrullas se ponían muchas veces en aquél sitio, más atrás o más adelante, por allí cerca. Nosotros teníamos mucha maldad, conocíamos la vida; para pasar no íbamos directamente por el medio sino que íbamos alrededor de la *sude*¹⁰, alrededor, alrededor... y así pasábamos. Los guardias se quedaban allí, enfrente del sitio; como era de noche no se daban cuenta. Había *sudes* por las que no se podía pasar porque nos resbalábamos, y cuando llenaba el Guadiana, había cachos de varios metros o de metro y medio que pasaba un caudal de agua muy fuerte y no podíamos pasarlo; pero había otros que no corría el agua por encima de la *sude* y con mucho cuidadito, con mucho cuidadito, se pasaba por allí; porque resbalaba mucho, el musgo resbalaba mucho y había que tener mucho cuidadito, como se cayera uno ya se iba *p'abajo*.

En mi tiempo no he visto ninguno de los que venían conmigo que se ahogara. Cada uno iba con su palito, yo iba más adelante y los otros, todos, venían detrás de mí, con el agua por la rodilla, otras veces por la cintura. Llevábamos unos palos fuertes, íbamos tanteando siempre enfrente, enfrente, siempre enfrente. Yo no sé nadar ni nada, si me caía dentro del agua pues

⁸ Se refiere a mochilas cargadas con contrabando.

⁹ Especie de talega o mochila pequeña en la que los mochileros guardaban una pequeña parte de la mercancía de contrabando que llevaban.

¹⁰ Azud. Especie de represa, anexa a los molinos, para remansar el agua.

ahogado iría. Ni sabía, ni *sabí* nunca porque cuando era joven no aprendí. Pero pasaba siempre muy seguro. Siempre de frente, adelante, adelante y tira y tira... hasta pasar *p'allá*. Por la Varse Redonda no se podía pasar porque había una charca *mu* grandísima. Teníamos que pasar de ahí para arriba o para abajo. Por Tres Molinos y más para arriba: por la Natera. He pasado por ahí, por todos los sitios; aunque el Guadiana no estuviera para pasar se pasaba desnudo en todo tiempo. Algunas veces, en esas noches que caía mucha *helá* y eran tan friísimas, se mojaba la punta de la camisa y andando, con la carga a las costillas, cuando llegabas a dos o tres kilómetros del Guadiana *p'allá*, era hielo, la punta de la camisa era hielo; pero allí no sentías frío ninguno, porque con cuarenta kilos encima allí no había frío que valiera.

A mí de daba igual pasar por el Guadiana que por la *raya seca*¹¹, para el que tuviera buenos barqueros no había mucha diferencia. Ahora bien, muchas veces los barqueros no valían, muchas veces eran chivatos los mismos barqueros. No se podía uno fiar de todos. Yo he tenido buenos barqueros, en Cheles, muy buenos, muy formales y muy valientes *p'a* trabajar. Luego estaba un tal G. que era pariente de mi señora, ése era bueno también; también he tenido otros de la parte de acá, en Portugal. No teníamos señales ni nada. Eso estaba tratado con los barqueros: las horas. Si el barquero estaba en la parte de España ibas a tratar con él, primeramente:

- *Mira, esta noche, a tal hora, te pones en tal sitio.*

Así que había que tratar con el barquero, sea de la parte de allá o a la parte de acá. De aquí *p'allá* siempre o casi siempre eran barqueros portugueses. Casi siempre el barquero tenía una *majá* en los barrancos del Guadiana, un cacho de *majá*, y allí estaba el barquero; el barco no estaba frente a la *majá*, estaba mucho más *p'abajo* o un mucho más *p'arriba*. Iba uno allí, al barquero, y daba a la puerta:

- *Venga, arriba, vamos. Ya tengo ahí a los hombres.*

Entonces el barquero se venía conmigo adonde estaban los hombres, después de llegar al barco le cogía y hoy tenía que ir más *p'abajo* y hoy tenía que ir más *p'arriba*; pero nunca sabía el destino, porque lo sabía yo solo y más nadie. Así se hacían las cosas. Le pagábamos con *perras*; le dábamos cuarenta escudos: veinte escudos *p'allá* y otros veinte escudos *p'acá*.

¹¹ Frontera artificial, trazada sobre el territorio sin el concurso de los cauces fluviales.

La gente de Olivenza era muy mala para eso; *p'al* paso del Guadiana era fatal, muy mala. Aquí en Cheles no, aquí en Cheles todo el mundo vivía bien. Es un pueblito más chico y como se entendían mejor los guardias con los contrabandistas, he visto allí de pasar de *tó*. En Cheles había un sargento que yo le pagaba, claro que sí, y aceptaba el obsequio. El sargento mandaba a los guardias como si no me viera ¡Ja, ja, ja! He tenido sargentos malos también, pero los he tenido buenos, pero bien buenos; muchos años. Eso dependía de la clase de sargento. Había sargentos que eran hombres buenos y buscaban *perrras* para el bolsillo y ¡Eah! ¡Que salga el café, mucho café! Así era. El mejor que teníamos era de una tierra de allá *p'arriba*; le llamábamos el Zamorano. Ese era valiente. Ese lo que quería eran billetes ¡Ja, ja, ja! Me contaba muchas veces que le decía la mujer, cuando le presentaba el dinero:

- *¿De dónde ganas ésas perras?*

Ella sabía lo que ganaba de sueldo.

- *¡Ah! Eso son unos negocillos que yo hago p'ahí, unos negocillos.*

Pero no le decía directamente de dónde era el dinero, porque las mujeres son las mujeres ¿no? Uno le guarda un secreto y mañana: *cuac, cuac, cuac...* Ya sabes los resultados.

En Elvas había mucho de todo porque es una ciudad que iba mucha gente allí. Enfrente a Badajoz había muchos contrabandistas. Los contrabandistas no entraban en Elvas porque les sacaban el café para esas quintitas fuera de la frontera; los contrabandistas llegaban allí y allí compraban. Las quintas se abastecían de las industrias de Campomayor. Uno de los propietarios de estas quintas, el M. vivía en la estación y tenía, además de la quinta, barracas por la frontera. Por los alrededores de Badajoz no se podía pasar porque había muchos guardias, muchos perros, muchas tienditas por allí y no se podía pasar. Conozco la Alfarofía muy bien; también conozco las Moreras y la Caña, todo. Hace muchos años que ya no voy por ahí; a la Cañada, Las Moreras, la Barriada de San Roque, el Gurugú. El Gurugú lo conozco bien; bueno, lo he conocido, pero hoy seguramente no conozco a nadie. Desde el Gurugú muchos pasaban la frontera por la parte de Campomayor; mientras que los de las Moreras-La Caña pasaban del Caya *p'abajo*, por la Alfarofía. Se me olvidan los nombres. Hace mucho tiempo....

Para acá, para Portugal, también traíamos cosas; muchísimas, muchas, muchas. Íbas al comercio, a Badajoz, y comprabas. Había una casa allí que era portuguesa; estaba un portugués allí. La calle se llama Soledad; si vas *p'abajo* llegas a parar enfrente de las Tres Campanas. En la calle Soledad,

allí tenía ése portugués el comercio. El comercio era de la propia familia, el padre, la madre y las dos hijas. Eran muy buenos, muy buenos. Allí compraba todo; cuando iba a comprar, compraba ahí. Entonces se traían combinaciones *p'a* las mujeres, sostenes, Tabú, Diamante Negro, Embrujo de Sevilla.... todo eso eran perfumes. Lo llevábamos a Elvas también mucho. Entonces conocía yo a mucha gente. En ese tiempo ibas por la calle Zapaterías y estaba todo lleno de gente, *p'atrás*, *p'alante*, *p'arriba*, *p'abajo*, todos los días y la Plaza estaba llenita siempre, siempre llena. El sitio más movido de Badajoz era ese. Yo dejé de ir a Badajoz hace más de treinta años; eso es mucho tiempo. Mira cómo las cosas cambian. Hace tres años fui a Badajoz y me acerqué a la calle Soledad para hablar a esta gente; pero no había allí nadie ya. Había otro comercito casi de frente, se llamaba la Viuda de Masó y pregunté a la señora aquella por la familia de portugueses.

- Se fueron a Portimao.

Ha quedado todo vacío. Todo se ha *pasao*. Ya están en su casa, ya tienen el comercio *cerraao*. No sé lo que habrá *pasao* porque ya ha *pasao* ¡Je, je, je! ¡Ay! ¡Todo se irá!



Paso de la Alfarofia. María E. Sánchez

El negocio ese del contrabandito ha *fracasao* también. Hoy está la frontera libre. El contrabando lo pasaban por todos los sitios, por toda la fronterita. R. tenía muchas furgonetas pequeñas y lo distribuía por todos los comercios de la frontera, hasta que llegó el tiempo de los camiones grandes y cambiaron las cosas. El contrabando cambió mucho, mucho. R. se entendió con un tal F., ese que tiene un almacén grandísimo, en Mérida; y R. le llevaba los camiones de café allí. De allí en carritos más chiquititos los iban distribuyendo por los pueblos. Hoy día ya no queda nada de eso, ya no hay mochileros, ahora hay camiones cargados con treinta, cuarenta mil kilos. Entonces, en ese tiempo, por aquí, por estos pueblos todos, no había quién tuviera un coche; hoy casi todo el mundo tiene un coche. Yo voy a comprar uno ahora. Voy a llevar a la señora a sacarla el *carne* porque yo ya ando con aparatos y, entonces, tiene que ser ella la que aprenda a conducir. Están las cosas muy serias. Quiero comprar un coche, pero un cochazo de esos. Yo he ganado *dinherinho* pero me lo he *gastao*; mientras más ganaba, más gastaba. Siempre lo mismo, siempre lo mismo. No tenemos nada, no tenemos ni tampoco nada; en fin, compré este cachito tierra y para qué la quiero yo si a mi no me gusta cavar.

BIBLIOGRAFÍA

- DÍAZ VIANA, G. L. y FERNÁNDEZ MONTES, M. (coords.) (1997): *Entre la palabra y el texto. Problemas en la interpretación de fuentes orales y escritas*. CIS Antropología y Literatura, Sendoa Editorial, Guipúzcoa.
- FRASER, R. (1979): *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros*. Ed. Crítica, Barcelona.
- (1993): "Reflexiones sobre la historia oral y su metodología en relación con la guerra civil española". En *Metodología histórica de la guerra civil y la revolución españolas*. (2ª edic. ampliada). Ed. Fontamara, Barcelona.
- LEWIS, O (1982): *Los hijos de Sánchez*. Grijalbo, México.
- MAILLO VELASCO, H. (1994): "La tradición oral. Textos, contextos, géneros y procesos". En *Antropología cultural de Extremadura. Primeras jornadas de cultura popular*. Marcos Arévalo, J. y Rodríguez Becerra, S. (coords). Editora Regional de Extremadura, Mérida.
- MARINAS, J. M. y SANTAMARÍA, C. (comps) (1994): *La historia oral: métodos y experiencias*. Ed. Debate, Madrid.

- MARTÍ GÓMEZ, J. (1995): *La España del estraperlo (1936-1952)*. Ed. Planeta, Barcelona.
- MEDINA GARCÍA, E. (2003): *Contrabando en la Raya de Portugal*. Institución Cultural el Brocense, Cáceres.
- SARABIA, B. y ZARCO, J. (1997): *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Cuadernos para el Diálogo, CIS, Madrid.